

Los Vanagloriosos Martirios

Manuel José Martínez Carvajal

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá. Colombia

Cuerpos lacerados por montones, esa era la recurrente escena que los atrofiados canales de los recónditos pueblos del norte y sus alrededores retrataban día tras día. Sin parar, las agigantadas volquetas se aproximaban a las putrefactas fosas y descargaban a los cientos de abatidos en combate. Las sangres azules y rojas se mezclaban en una quimera de ideales, ideales incursionados por las insaciables garras del demonio. En efecto, la revuelta sabanera marcó el inicio de tan devastadora oleada de impulsos. Desde ese arcaico acontecimiento, los deseos por tomar el poder no habían parado de incrementar y el estandarte de defunciones se contaba por miles.

La ficha despachada por los austeros tiquetes ferroviarios de la capital emanó los apasionados aires de revuelta hacia las convergentes laderas del norte, los alejados asentamientos se convirtieron en el perfecto campo de descarga de ilusorias chispas. De ahí que, los terratenientes del condado meridional asimilasen el vacío en la producción que conllevaría tal falta de mano de obra y decidieran dar fin a la sanguinaria arremetida. Por tanto, una barrera imaginaria dividiría el pueblo, uno de los tantos pueblos marcados por la aberrante necesidad de opresión y sublevación de unos hacia otros, y dictaminaría lo que se conocería como la línea de muerte. Aquel que decidiese conservar su posición debía hacerse distinguir con determinado símbolo en sus impresiones, la sangre roja o la sangre azul que hervía por el cuerpo de cada uno de los pueblerinos debía exteriorizarse por sus insignias, de modo que se marcara el territorio al que este hacía gala. Sin perder altares de impresión, las barreras mentales hicieron efecto y el número de decesos disminuyó considerablemente.

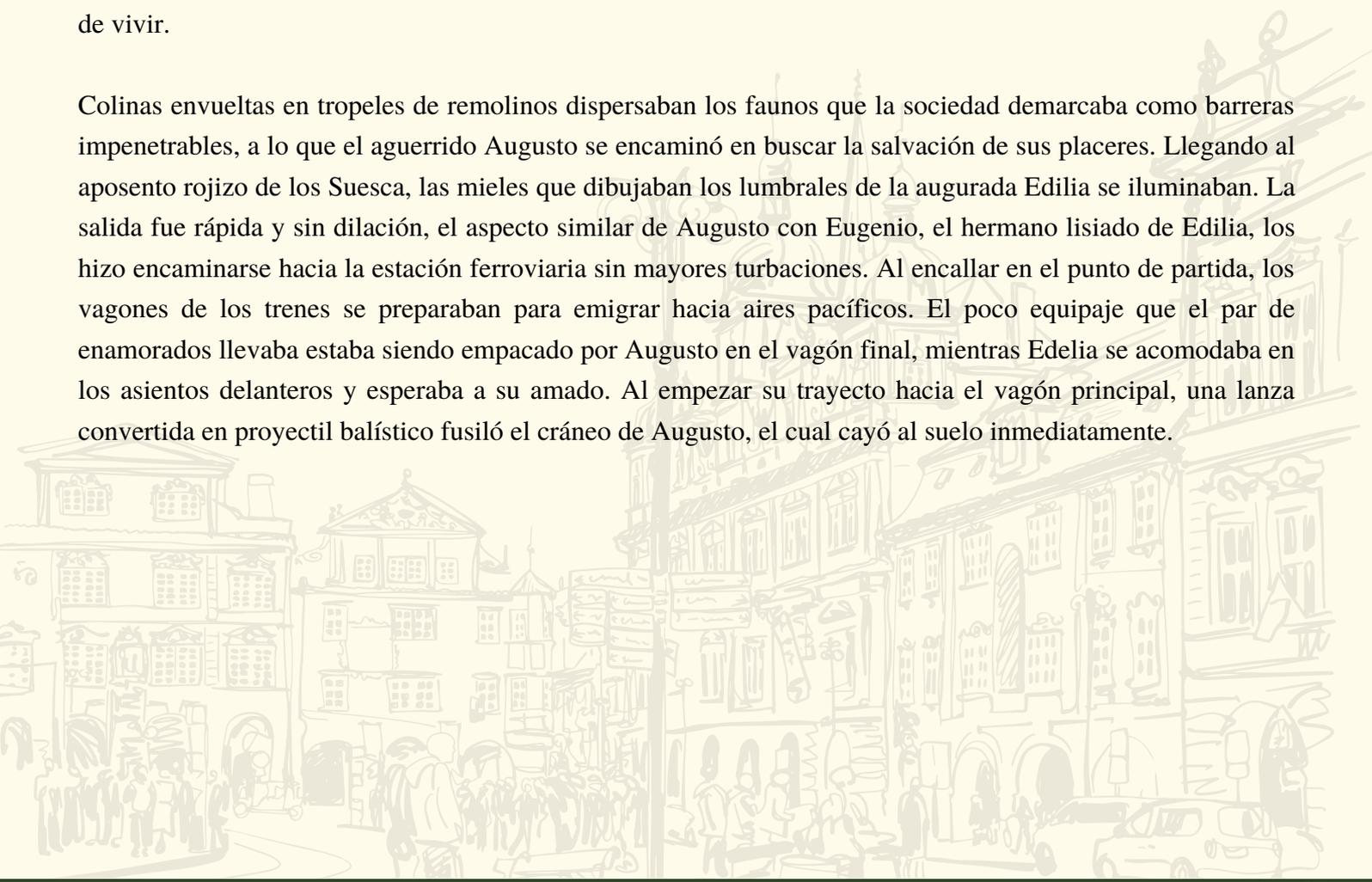
Muendabraba y Suesca, esos eran los apellidos que atiborraban el extremo occidental y oriental del pueblo, ninguna acción que concerniera su pequeño trozo del dividido pastel de terrenos ondulantes les era esquivo. Por una parte, los ensalzados aires de resistencia y sublevación eran liderados por el comandante Petronio Muendabraba, la justicia divina en contra de los indeseables rojizos era dictaminada por su bastón sepulcral; su desairada cabeza representaba la fortificación de ideales del noroccidente. Por otra parte, los caudillos alzados en arremetidas gestas heroicas eran encabezados por el libertador Parmenio Suesca, su fortificado bigote y sus erizados cabellos preponderaban la elevación y arrancaban el ultraje de su lucha en contra de los azules; las edificaciones del suroriente cosechaban el alza en armas en contra de sus enemigos.

Seis meses habían transcurrido desde que la línea de muerte había sido instalada, la imaginaria división había constituido el nuevo semblante de estandartes que transpiraba el abatido pueblo, nuevas formas de organización rondaban los sectores de campaña. Rebobinando los calendarios, la exhalación de pasiones y el

florecimiento de pudores vivido más allá de la matanza de razones llevó a uno que otro ser escurridizo a colmar sus deseos y unir las vanagloriadas sangres. Así, Edelia y Augusto, un par de agraciados enamorados de castas dispares, juntaron sus sensaciones y encomendaron su suerte a los terrenos de lo inexplorado. Poco antes de sublevar sus ideales ante los ángeles guardianes, los escurridizos amantes encontraban gracia fuera de sus aposentos y mermaban pudor alguno. El retoño florecía bajo el estandarte rojizo de su madre. Dos pétalos eran suficientes para que las nueve corolas materializasen el conjunto del absoluto, mientras su padre se perdía entre los frondosos matorrales azulados.

Insurrectos endiablados, esos eran los enfilados hombres que decidían cruzar la línea de muerte para saciar sus immaculados deseos. Por esto, Augusto Muendabraba era el azul encargado de poner en su lugar a quienes la codicia sobrepasase los estados de razón. Carretillas cargadas con los fusilados entes reverdecían las inhóspitas calles del asentamiento de guerra, días de vientos consumistas se postraban en la meseta que adormecía los aires de revuelta. Mientras las balas del arma de Augusto sentenciaban el paso a la postrera vida de los acrecentados rojos, sus impulsos se centraban en las incontrolables ganas de estar al lado de su amada Edelia y de su creciente retoño. Comerciendo ilegalmente telares, accesorios y banderas rojas, el joven esclavo ideal se pintó de sangres subversivas y decidió pasar al mundo de los cadáveres vivientes amparando el rescate de su encarcelada damisela junto a su germinante vástago. La línea ferroviaria del suroccidente del pueblo los esperaba para abrirles las puertas a un mundo sin división ni reclusión de ideales, un mundo digno de vivir.

Colinas envueltas en tropeles de remolinos dispersaban los faunos que la sociedad demarcaba como barreras impenetrables, a lo que el aguerrido Augusto se encaminó en buscar la salvación de sus placeres. Llegando al aposento rojizo de los Suesca, las mieles que dibujaban los lumbrales de la augurada Edilia se iluminaban. La salida fue rápida y sin dilación, el aspecto similar de Augusto con Eugenio, el hermano lisiado de Edilia, los hizo encaminarse hacia la estación ferroviaria sin mayores turbaciones. Al encallar en el punto de partida, los vagones de los trenes se preparaban para emigrar hacia aires pacíficos. El poco equipaje que el par de enamorados llevaba estaba siendo empacado por Augusto en el vagón final, mientras Edelia se acomodaba en los asientos delanteros y esperaba a su amado. Al empezar su trayecto hacia el vagón principal, una lanza convertida en proyectil balístico fusiló el cráneo de Augusto, el cual cayó al suelo inmediatamente.



Su padre, Petronio Muendabraba, había mermado los agitados aires ante tal acto de traición. Rápidamente, los pájaros infiltrados en la estación ferroviaria habían hecho eco de la fuga de su hijo y el mismo mandamás de los azules había ejecutado acto de justicia en contra de semejante insurrecto endiablado. Cuando el fulgurante sonido del proyectil se adentró en los aposentos de la constipada Edelia, el tren se abrió paso por los ajustados rieles. En tanto, los lamentos de la mujer estremecían hasta las laderas que constituían el pueblo y se llenaban de desgracia, el pequeño Eugenio se retorció en sus tormentos y los martirios vanagloriaban a uno de sus tantos mártires.



Cuento escrito por uno de los tantos traficantes de palabras, uno de esos que se digna a traficar piecillas para armar la huelga de trabajadores de una tal *Emma Zunz*, o uno de esos traficantes que se digna a repartir *gallinas degolladas* por doquier, o uno de esos traficantes que trata de aliarse con Auguste Dupin para entregarle los utensilios necesarios para terminar su investigación: Un tal *Manuel M.*